

No es hora de siesta...

Sobre el corcel casi desbocado de la revolución —la que hicimos todos en un esfuerzo de titánico empeño—, ha saltado en audaz brinco un jinete temerario dispuesto a cabalgarlo hacia senderos peligrosos: el comunismo. En arriesgada operación de comando guerrero los marxista-leninistas se han infiltrado en todas juntas patrióticas, han ocupado los puestos claves en casi todos los comités estudiantiles, han atizado las discordias ciudadanas, y exacerbado las impaciencias obreras. "Los cuadros lo dicen todo" es la frase de Stalin que resume la táctica comunista. Aunque numéricamente insignificante el partido comunista, merced a sus cuadros y a "sus puntas de lanza", está capitalizando en gran parte el heroico esfuerzo popular. Siempre hay un comunista en el momento oportuno y en la situación decisiva. Y los cuadros, adiestrados en la lucha clandestina, se han multiplicado, sin ahorrar el esfuerzo, la fatiga y el tiempo. Como si esta hora H. se jugara en los meses primeros de la Revolución los militantes comunistas, desde el profesional hasta el peón, desde la joven universitaria de buena familia hasta la humilde negrita del rancho sin nombre, están en tensión de afanosa y audaz vanguardia. Ha habido profesionales que han abandonado sus despachos, sus bufetes, sus clínicas, obreros su trabajo, jefes de familia sus hogares, estudiantes sus libros... para entregarse a la lucha sindical, o partidista. Las células comunistas hierven. Muchachas universitarias se han ido a enterrar en los cerros caraqueños para actuar como fermento en ellos, o se movilizan creando en los barrios obreros escuelas de corte y costura, en las que con las primeras letras, y entre golpe y golpe de aguja se enseña a deletrear el abecedario marxista-leninista. Y los "respectables" hombres de dos caras de sus distintos frentes "para o filo" comunistas, proclamando beatíficamente la inocencia o la ingenuidad de los hombres del Partido, les abren brecha en los sectores más difíciles. Quieren presentárnoslos como comunistas

"distintos". Venezuela es tan buena tierra que es capaz de limar las garras de la fiera de la estepa. Pero no hay sino un partido comunista, con una dirección única, internacional. El mismo que aquí habla de Unidad y de reivindicaciones obreras y estrecha las manos de los curas, fué el que aplastó, ahogándolo en sangre, el heroico pueblo de Budapest, y estrangula inexorable todos los brotes libertarios de los obreros en los países detrás de los telenos de acero, o de bambú. Y ahora las organizaciones del Partido no sienten pena de recibir en rublos abiertamente la ayuda que la piadosa y solícita mamá rusa les envía. ¡Qué le vamos a hacer, pero no hay caretas perfectas para el oso!

Y casi del brazo del Partido hay grupos extremistas que no duermen y ya hace tiempo que, al compás de la musiquilla agradable de la Unidad, están ocupando posiciones.

¿Y, los católicos queremos aún prolongar la dulce siesta? La Providencia ha arreglado las cosas en forma que esta coyuntura histórica de Venezuela sea la hora más oportuna que ha tenido la Iglesia en muchos años, y no podemos dejárnosla arrebatada. Ha sido preponderante el influjo de la Iglesia, defensora de los derechos fundamentales del hombre y de la Sociedad, en la liberación nacional. Un distinguido líder político, no clerical por cierto, le decía entre las espirales del cordial abrazo a un sacerdote: "Vuelvo del exilio orgulloso de mi pueblo y de la Iglesia". Hasta ahora no ha habido bandera más alta y más noble que la que alzó en favor del pueblo nuestro intrépido Arzobispo Mons. Rafael Arias, con su serena y valiente Carta Pastoral social del año pasado.

¿Qué debemos hacer, pues, en la hora presente? En primer lugar no podemos ceder ante la avalancha marxista. El miedo nuestro es el mejor aliado del enemigo. No debemos dejarnos hipnotizar por el miedo al comunismo. El acobardarnos es el primer paso hacia el cerco destructor, que nos tiende. El, consciente de su insignificancia numérica, ha creado sus puntas de lanza y sus cuadros. Démonos prisa para hacer lo mismo nosotros. No tenemos por qué rezagarnos. Tenemos una doctrina social más avanzada y humana que ellos, y además al Espíritu Santo. En un am-

biente universitario alborotado y dominado por un grupo de agitadores marxistas una muchacha católica, decidida, supo hacer frente y ganar una batalla ya perdida. Tengamos los ojos lo suficientemente abiertos para saber distinguir al enemigo de lo que pueden ser justas reivindicaciones o legítimas aspiraciones. Es tan peligroso el ver en todo "comunismo" como el no verlo en nada, o el no darle importancia. El comunismo ateo es el mayor enemigo que ha tenido la Iglesia en su historia. Y el comunismo existe entre nosotros y trabaja infatigable. Tanto nos asquea la propaganda anticomunista miope y rastrea de ciertos de nuestros hombres "políticos". Contra el odio comunista pongamos nuestro amor cristiano, pero concretándolo en obras y testimonio de vida. "Mientras las encíclicas sociales de los Papas, me decía un dirigente comunista, no pasen de papel mojado, no tenemos que temer. En cuanto Uds. las pongan en práctica estamos perdidos".

Presencia cristiana en los campos de peligro. Para muchos el ser católico es equivalente a un cómodo conformismo. A un comunista a los pocos segundos se le conoce que es comunista. A un católico no se le distingue de la masa amorfa. "Estamos en el mundo, pero no somos del mundo". "Si alguien ama el mundo el amor de Dios no permanece en él" (S. Pablo, Romanos 12,2). Tal vez por defecto de educación social, o por una tradición de preservación el cristianismo tiende a aislarse de la masa humana para preservarse del contagio. "Los pocos", que quieren llevar el mensaje de Cristo, para no ser del mundo se salen del mundo. Y por eso no lo fermentan, y el mundo sigue cada vez peor. Y los más de los católicos están en el mundo y son del mundo. Nunca olvidaré el consejo sabio de aquel anciano sacerdote casi ciego, pero que veía muy lejos y muy hondo, a sus obreros: "Miren hijos, las 24 horas del día en gracia de Dios y en el frente de combate cristiano honradamente".

Dice un Obispo preocupado: "Tenemos que mostrar hechos, no gestos y palabras, una vida consagrada a Dios y a los prójimos, a esa masa de nues-

tros contemporáneos que no creen en nuestros argumentos y juzgan nuestra religión por nuestra vida. Dios no escribe sólo en los libros, sino sobre todo en las almas, y el evangelio vivido es más eficaz que el evangelio escrito". El Hermanito de Jesús que se hace monje obrero entre los obreros hace más que muchos sembradores de bellas palabras. Un cristiano que viva su fe en la caridad de los hermanos, sobre todo los más necesitados, es el mejor argumento. Pero desgraciadamente los cristianos, que tal vez en un momento se pusieron en vanguardia, se van replegando a posiciones de retaguardia. En los ranchos más inaccesibles de la geografía caraqueña, tras la difícil escalada, nos encontramos con que otros ya habían sembrado. El folleto protestante o la hojita de los testigos de Jehová. Y ahora la propaganda marxista... Y el sacerdote se va para tal vez no volver en muchos meses, y el fermento de mal queda allí actuando. Los populosos barrios caraqueños son campos fértiles a toda clase de siembras, mientras que la influencia católica es episódica y epidérmica. ¿Por qué no crear esos comandos de la caridad que recorran nuestros barrios, sembrando el bien? La Legión de María es ya una activa diastasa en la periferia caraqueña y de otras de nuestras grandes ciudades.

La vida social comienza en nuestros barrios después de las 7 p. m. Precisamente cuando lo mejor de nuestras fuerzas católicas, religiosos, religiosas, seglares militantes... se encierran tras el muro claustral o familiar. El cristiano no es un monje, y aun los monjes deben salir a la calle, en esta hora de emergencia. Presencia cristiana en las Juntas Pro-Fomento que con las mejores intenciones de bienestar colectivo se van formando en todos los barrios de Caracas y del Interior. La presencia activa de un Sacerdote o de un militante católico además de acallar voces que no buscan sólo el bienestar del pueblo, puede canalizar e impulsar el esfuerzo común hacia una mayor eficiencia. Es más importante ser presidente o secretario de una de esas juntas que llevar la llave del Sagrario colgada al cuello el Jueves Santo. Los párrocos debían impulsar a los militantes de sus organizaciones apostólicas o

piadosas a esa labor de serena infiltración.

Creo que si en Caracas y Maracaibo y Barquisimeto... los mismos sacerdotes intentaríamos repetir la epopeya de los párracos andinos constructores de carreteras (SIC enero, 1958) al frente de las brigadas populares que pico y pala mejoran los barrios, la Iglesia adquiriría nuevo prestigio.

Presencia en los sindicatos y partidos políticos. El 17 de noviembre de 1954 el cardenal de París Mons. Feltin dió unas normas sabias a los diputados católicos del parlamento francés. Extractemos de él, algunas de sus frases orientadoras:

"El hecho de que haya católicos que en el terreno político mantienen orientaciones diversas, e incluso opuestas, aparece ante muchos como algo anormal e inadmisibile. Los unos lo consideran como un escándalo: la división de los católicos. Los otros ven en ello un grave peligro. Cuántos hay que quisieran ver a todos los católicos agrupados en un solo partido, susceptible, por esto mismo, de una mayor eficacia política.

Pensar así es tener una visión incompleta, que no está plenamente de acuerdo con una sana concepción de la naturaleza y el papel de la Iglesia... Los miembros seculares de la Iglesia pueden y deben participar activamente en la organización temporal del mundo... Pero la Iglesia deja que... sus hijos se muevan en un camino muy ancho y tengan una verdadera libertad de acción. Claro está que un católico no puede seguir una orientación política que llevara consigo, por ejemplo, una concepción del hombre incompatible con el destino humano, tal como nos ha sido revelado por Dios. La Iglesia, que tiene precisamente la Misión de asegurarle este destino, no se lo puede permitir. Pero dentro de la lista de sistemas fieles a los principios de la fe y de la moral cristianas, hay una gran amplitud.

Lo que importa es que cada uno admita lealmente el derecho que tienen los demás católicos a seguir unos métodos y unos programas diferentes de los suyos. Mientras sostienen su propia convicción, cada uno debe considerarse con lealtad y objetividad, las

convicciones de los demás; y abordar los conflictos inevitables manteniendo una actitud de respeto, de comprensión y simpatía con los adversarios.

La diversidad de vuestros compromisos, la multiplicidad de vuestras opiniones políticas, no afectan para nada a la unidad de Cristo. Al contrario, ello permite que pueda influir universalmente sobre todas las opiniones humanas aceptables.

Cuanto más el católico se comprometa en asuntos temporales, tanto más profundamente debe compenetrarse con el Mensaje y la Ley de Cristo. Unicamente así sus determinaciones y sus trabajos estarán inspirados en la concepción cristiana del mundo y animados por el Amor de Cristo"...

Los cristianos tienen que vitalizar los distintos partidos, que no están en pugna con el ideal cristiano, y ser en ellos fermento de salvación y de amor.

Por ellos pueden influir en la transformación de las estructuras sociales en orden al "Mundo Mejor", por el que está clamando su Santidad el Papa. Más que ser una política de desconfianza y de alejamiento deben participar en la construcción de la ciudad, ser los edificadores de las condiciones de vida propiciadoras de un mayor bienestar de las clases sufridas de la Sociedad con todas sus fuerzas. Ni aislarse ni entregarse, sino afianzarse en los puestos clave para el triunfo del bien y de la justicia.

Frente al movimiento sindical no debemos tomar posiciones ni opuestas ni aún neutrales. El sindicalismo, además de entrar en los derechos fundamentales de los obreros, es la mejor, y a veces la única arma de elevación del proletariado. Debemos contribuir a que el sindicato no se convierta en arma política y reforzar los cuadros obreros cristianos en los sindicatos punteros en la lucha obrera, y en muchas ocasiones serán los únicos que no cederán ante las presiones patronales o políticas en defensa de las justas reivindicaciones obreras, pues el auténtico líder cristiano debe compenetrarse de la frase del Señor, "que no hay mayor amor que el dar la vida por los hermanos".

Presencia cristiana, vitalizada por el amor, en la profesión, levantando

la bandera de una conciencia profesional bien formada e insobornable, junto con una pericia de especialista concienzudo. Presencia en las vanguardias de la ciencia y de la cátedra, en los tribunales y en los órganos administrativos y legislativos, en la vida universitaria y en la lucha sindical, en la calle y en la atonía del deber diario. Presencia, sobre todo por la Caridad. Arnold J. Toynbee en su obra maestra "Análisis histórico" cree que la época post-cristiana o ex-cristiana comienza en el siglo XVI, cuando los pueblos cristianos se apartaron del auténtico sentido cristiano de la vida, lo que dió origen a la "herejía comunista". El ideal de los pueblos occidentales ya no fué el cristianismo, sino el darse buena vida y explotar a los demás. Marx señala con dedo implacable esta llaga cristiana en su libro "EL CAPITAL", que es la apología del fracaso cristiano. Y Toynbee dice: "El Comunismo clama con palabras anticristianas y con voz estentórea, porque se cumple un Mandato de Cristo, que en la boca de las Iglesias cristianas se ha hecho tan inaudible, que casi se confunde con el ruido de la respiración. Si el marxismo no se presenta como una he-

rejía, fué porque no se levantó contra una verdad defendida, sino en favor de una verdad olvidada"...

Y en otra parte del mismo estudio, fecundo en ideas, al hablar de la batalla que plantea el comunismo, dice el historiador inglés: "Sólo Leviatán (el comunismo) puede ser vencido por almas generosas que luchan por la libertad de conciencia y acepten el martirio por la Gloria de Dios"... La victoria debe decidirse, en frase del mismo autor, resolviendo la situación económica de los desheredados, pero no en un movimiento de temor u odio, sino por una explosión de amor, de esa virtud básica del cristianismo, que hemos olvidado.

Digamos, pues, parafraseando enérgicas frases de Pío XII a los romanos en solemne ocasión: "Levantaos, romanos. Sonó la hora para vosotros de despertar de la larga siesta. Obrad con fortaleza y soportad con fortaleza... Resistid firme en la fe".

Si Venezuela en esta hora decisiva de su historia se hace sin nosotros, se hará contra nosotros. Hoy Venezuela es aún católica. ¿Lo será mañana? Depende de nosotros.

JUAN M. GANUZA, S. J.

